

# OTRO AÑO

**A**CABAMOS de estrenar un año, que aún es muy chiquito, y unos propósitos que aún son muy grandes. Estos irán adelgazando al mismo tiempo que el calendario; en cambio aquel prosperará a gran ritmo. En Marzo será un jovencete impetuoso, algo a lo loco; en Junio un señorón ya bien situado; en Septiembre... pero nos adelantamos demasiado. Dejemos que cada hora nos cuente su historia.

Esto de coger un año y sumergirse en él, esperando que sus días, todavía blancos, se llenen de sensaciones y experiencias, nos produce escalofríos. Debe ser parecido lo que sienten los exploradores al adentrarse en un paraje no hallado; inquietud por lo desconocido y al mismo tiempo esperanza de encontrar una flor rara, un árbol maravilloso, en fin, un descubrimiento para ellos sensacional.

En Enero todos hacemos proyectos; luego viene el tío Paco con la rebaja, y lo único que conseguimos es ser algo peores que el año anterior.

No obstante es bonito coleccionar años; los hay de muchas clases: bisiestos, de vacas gordas, de idem flacas, etc. El «año pasado» siempre es el bueno, él que cuenta con toda nuestra simpatía. En esto pasa igual que con las personas; en cuanto nos mudamos de «barrio» adquirimos innumerables cualidades que ni soñamos poseer.

El «corriente año» suele ser el de las malas cosechas, mucho frío, mucho calor, poca lluvia o demasiada lluvia, es el año de los fracasos.

La esperanza vive en el «año próximo». El aumento de sueldo y las quinielas con catorce aciertos nos tienden cordiales las manos, aunque casi nunca acertamos a enlazarlas y tenemos que contemplar impotentes como, con burlona risa, saltan a otro «año próximo» alejándose de nosotros.

El año se divide principalmente en dos estaciones: el invierno que es época de frío, estornudos, estufas y camisetas de lana, y el verano que es todo lo contrario. Luego hay dos apeaderos, la primavera y el otoño, que no son ni una cosa ni otra. Cuando se espera frío hace calor y cuando uno se quita el abrigo pilla una pulmonía. No tiene formalidad.

Un año es también un conglomerado de días. Domingos y festivos, que son días muy cortos, y lunes y martes, que también son días aunque mucho más largos. Grupo aparte lo forman los días de cobro que constituyen la minoría selecta de la especie.

Las horas son una pequeña parte del día y si bien, oficialmente, tienen todas los mismos minutos, no cabe duda que las hay interminables y otras cortisimas.

Ya no me queda más que desear que el presente año, sea para todos un «año próximo» de verdad, sin burlescos saltos hacia el futuro.

ROSER DE ESPONA

# CURAS DE ALDEA

POR MIGUEL  
ALABRÚS

**M**OSÉN Francisco se llama el párroco de una aldea alto-ampurdanesa. La aldea es muy esbelta porque está muy subida a un montículo. El reverendo es alto también y de faz morena, curtida del sol y la tramontana, que da de lleno al pueblo. Todos los aldeanos están encantados de tener por cura a un «tros de pa», como suelen compararlo, pero que en la misa de los domingos deja oír su voz fuerte y convincente para dar a entender, quizás, que el pan bueno hay que saber digerirlo bien.

Este sacerdote nos recuerda a otro que conocimos en Santa Leocadia. El nuestro, el de Santa Leocadia de Algama, no fué martirizado, pero murió en el exilio. El cura leocadiense nos dijo en una ocasión, mientras cavaba la tierra de una pequeña parcela que tenía la parroquia, que el mundo no iba bien porque cada día se olvidaban más los hombres de la caridad. «Todas las mañanas, poco después de levantarme, acostumbro a someterme a una ducha de caridad», nos decía Mosén Juan.

A un cabeza de familia de Santa Leocadia, que sólo se acercaba a la iglesia cuando sus hijos le daban algún nieto, solía visitarlo el buen párroco una vez por semana y con el pretexto de arreglarle el reloj de pared. Mosén Juan subía a una silla que le había preparado el dueño de la casa, y muy diestro quitaba el polvo de la péndula y colocaba un poco de aceite entre las ruedas de la maquinaria. Hecho ésto, le daba más cuerda al reloj, y después de departir un poco más con el amigo que no iba a misa, se llegaba hasta el huerto a trabajar otro rato. Antes de pasar la puerta de la casa y al ir a despedirse del impracticante, le alargaba Mosén Juan una hoja dominical, todo diciéndole: «*Això és el que varem dir a l'església el diumenge passat*».

Mosén Juan era más pobre que la familia más pobre del pueblo. «*Sóc un pobret i no puc fer caritat, quina tragèdia!*», se lamentaba el cura de Santa Leocadia de Algama. Vino la temporada de desenterrar las patatas. A un hortelano muy pobre la cosecha de patatas no le había llegado a más de un mes. Y tenía que alimentar a su madre, a su mujer y a tres hijos pequeños. Mosén Juan se enteró de la mala fortuna de aquella familia, que tanta falta les hacía una buena recogida de patatas para poder comer todo el año. El párroco se sintió obligado a ayudar a aquellos desventurados, y les regaló todas las patatas nuevas de su huerto. Ante el asombro del padre de familia, el cura le participó que él ya las compraría en el mercado y que lo primero que hay que hacer en este mundo es dar de comer a los niños.

Esto sucedió en el llano ampurdanés, a cuatro kilómetros de Figueras. Y volviendo al caserío del montículo, fustigado por el viento, encontramos de nuevo a la simpática figura de Mosén Francisco, actual párroco de la localidad. Este señor cura, pesca, ayuda a los campesinos en las faenas del campo y se va de caza. Es muy buen tirador y las piezas que alcanza las obsequia a los pequeños más necesitados del vecindario. Es una persona respetuosa, y los del pueblo lo respetan a él.

Habla con mucha franqueza, sin timidez ni misticismo, y sencillamente, para que todos puedan entender bien sus palabras. Habla el lenguaje del pueblo. Es ameno y le gusta contar anécdotas entre los suyos, entre los que son de su entera confianza. Él considera por igual a todos los vecinos. Las anécdotas de Mosén Francisco no son falsas, como no lo son tampoco la tranquilidad y los ligeros y modestos perfumes culinarios que despiden las casas rectorales. Un día que se hallaba en la aldea el señor Obispo, desencadenóse en el Ampurdán una peligrosísima tramontana. Es sabido que esta tramontana arremete tan fuerte contra las personas y los carruajes, que los hace tumbar. Pasaba el Señor Obispo por una calle del pueblo acompañado del párroco, cuando una ráfaga de viento embistió sin compasión a los dos. «*Va ésser tan fort el cop de vent* —habla el cura, todo sinceridad, de aquel altozano—, *que instantàniament jo vaig protegir al senyor Bisbe amb el meus braços, i per por de que la tramuntana no me se l'endugués*».

Y el sacerdote moreno, fornido y penetrable, que no tiene nada de filósofo aldeano, santigua todos los días la frente de sus feligreses, y haciendo ésto se santigua a sí mismo. Este párroco, igual como el que conocimos en Santa Leocadia de Algama, hace milagros entre las familias pobres. El incienso que quema en su iglesia no narcotiza al pueblo, antes bien hace todo lo que le es dado y lícito hacer para que cada vez que lo utiliza sea más agradable su olor y lo puedan respirar sin dificultad aldeanos que no duermen nunca. En este poblado, que con una mano se coge una nube del cielo y con la otra mano el arado, hay muy pocas personas que se encojan de hombros cuando el párroco sermonea sobre el infierno o la vida eterna.



## MUEBLES MAS

Los más económicos - Los mejores - FABRICACIÓN PROPIA

Exposición y venta: Av. José Antonio, 23  
c. Castelló, 12 - San Antonio, 2 - FIGUERAS